

Protesta en Yeserías por la falta de ayuda a una reclusa que dio a luz de madrugada

Madrid

Un centenar de reclusas de la prisión madrileña de Yeserías, que se concentraron en el patio de la cárcel durante el día de ayer en protesta por las condiciones del parto de una interna en la prisión y en demanda de un servicio médico permanente, depusieron su actitud ante la presencia de fuerzas de la Policía Nacional con material antidisturbios. María Jesús García Manglano, directora del centro, aseguró que la policía no había intervenido en ningún momento y que a las 21.30 horas las reclusas se encontraban en sus dormitorios.

La concentración se inició a primeras horas de la mañana en protesta por la actitud de las funcionarias, que tardaron horas en prestar ayuda a una presa durante un parto, según informó un familiar de las reclusas. El alumbramiento se produjo de madrugada, y la reclusa dio a luz a su hijo con la única ayuda de varias compañeras.

Durante todo el día, un inspector de la Dirección General de Instituciones Penitenciarias y la directora de la prisión mantuvieron conversaciones con las presas para tratar de hallar una solución al conflicto. La dirección aseguró a las internas que se aplicará en breve el nuevo horario de asistencia sanitaria en centros penitenciarios, que establece un servicio mínimo de nueve horas diarias.

Un familiar de una presa informó que la mujer gestante comenzó a sentir los dolores del parto en torno a las cuatro de la madrugada, por lo que sus compañeras reclamaron la presencia de las funcionarias de la prisión. Las reclusas llegaron a romper una cristalería para llamar la atención de las funcionarias, sin conseguir que acudiera ninguna hasta varias horas después, cuando el parto había finalizado.

Fuentes de la dirección de la prisión precisaron que "se desconoce y se está investigando el tiempo que transcurrió entre la petición de ayuda de las reclusas y la llegada de las funcionarias". La directora aseguró también que una de las funcionarias había intervenido en el parto.

Tanto la madre, que tiene cuatro hijos, como la recién nacida fueron trasladadas al Hospital Provincial a las 7.30 horas, y ayer se encontraban en buen estado.

La policía encuentra el cadáver de un 'yonqui' en un portal de Alcalá de Henares

Madrid

El cadáver de un joven de 23 años, con una jeringuilla en un brazo y varias dosis de heroína en su poder, fue encontrado por la policía, ayer de madrugada, en el portal del número 75 de la avenida del Ejército de la localidad de Alcalá de Henares, informó la Jefatura Superior de Madrid. Con ésta se eleva a 31 el número de víctimas mortales de la citada droga en Madrid desde que comenzó el año.

El fallecido, cuyo nombre corresponde a las iniciales L. G. N., era soltero y trabajaba como ajustador mecánico. La muerte le sobrevino, según la policía, a causa de una inyección de heroína adulterada.

Dos caras de la heroína

La cifra de *yonquis* madrileños, que según algunas organizaciones juveniles se eleva a 30.000, pone de relieve la falta de asistencia preventiva para los potenciales toxicómanos. La misma ausencia de recursos se observa en el tra-

tamiento de los que desean abandonar la heroína. Muchos jóvenes han tenido que enfrentarse con el *mono*, el violento síndrome de abstinencia que afecta a los heroínomanos, detrás de los barros del Hospital Psiquiátrico Peni-

tenciario de Carabanchel, sin más ayuda apenas que unos analgésicos y un receptor de radio. Otros han escogido la vía de la conversión y tratan de olvidar el *caballo* en una granja autosuficiente de la Iglesia Evangélica.

El 'mono' en la jaula

La radio, único apoyo de los toxicómanos recluidos en el psiquiátrico de Carabanchel

JAVIER VALENZUELA, Madrid Sin el *loro*, Guillermo hubiera enloquecido en cualquiera de sus 18 estancias en el Hospital Psiquiátrico Penitenciario de Carabanchel. Pero el *loro*, o sea, la radio, le sostiene cuando el *mono* aprieta y el cuerpo se convierte en un insuperable enemigo que sólo envía mensajes brutales: sudores fríos, retortijos de estómago, temblores incontrolables, vómitos a mansalva y todo eso que la mayoría de adictos a la heroína acaban conociendo un día u otro.

En esos momentos, las celdas del cuerpo de Guillermo están reclamando el baño de la droga, el alivio temporal de un pinchazo de heroína. Pero Guillermo no tiene una dosis a mano, ni puede ir a comprarla. No puede hacer nada. Tiene que superar el síndrome de abstinencia a cuerpo gentil, sin fármacos sustitutorios, saunas, trabajos duros o terapias psicológicas. En esos momentos, Guillermo sólo tiene en su celda un *loro*, y eso le mantiene unido a la vida. Hay gente ahí fuera, más allá de esas rejas y esos muros de ladrillo visto, y si aguanta, puede que en el futuro Guillermo vuelva a gozar de libertad. Puede.

Guillermo R. G. tiene 20 años, es vecino de Valdecas e hijo de funcionario. Dos de sus seis hermanos son también adictos al *caballo*. Hace unas semanas, el joven se quedó sin fondos para pagarle su gramo diario de heroína, y, sin pensarlo dos veces, atraco una pastelería. Fue detenido *in situ* y el juez decretó su ingreso inmediato en el Hospital Psiquiátrico Penitenciario. Los restos doloridos de Guillermo entraron allí de madrugada, esposados y arrastrados por dos guardias civiles.

Estado de choque

Ahora Guillermo acaba de superar el *mono* en una celda del psiquiátrico por decimotercera vez en los últimos cuatro años, y está pendiente de la decisión judicial. Puede salir en libertad provisional o también puede ser ingresado en la cercana cárcel de Carabanchel. Guillermo está convencido de que merece la primera de las opciones. Es un chaval alto, que tapa su cabeza con una gorra negra donde en letras blancas figura el lema *España 82*, y que viste con pantalones azules de chándal y una camiseta de color butano con el rostro estampado del *negro blanco* Michael Jackson. Tiene vendado el brazo derecho, a la altura del codo; su rostro es muy pálido, y sonríe de modo algo burlón y un poco inescrutable. Como casi todos los heroínomanos no es demasiado locuaz, y cuando habla parece alguien que vuelve de un largo viaje.

—¿Has escuchado la última canción de Michael Jackson?

—¿Esa es que también cantan sus hermanos y Mick Jagger?

—Sí, ésa. Es *dabute, colega*. Yo la he escuchado en el *loro*.

State of shock, la canción a la que alude Guillermo, se ha conver-



Uno de los heroínomanos recluidos en el hospital psiquiátrico de Carabanchel contempla el exterior desde la ventana enrejada de su celda.

tido en el himno del verano 84 para Guillermo y los otros ocho jóvenes delincuentes heroínomanos con los que comparte su actual reclusión en la sección de toxicómanos del Hospital Psiquiátrico Penitenciario de Carabanchel.

La sección de toxicómanos comienza en un amplio salón dotado de un televisor y unas cuantas sillas, y continúa y termina en un largo pasillo, a cuyos lados están las celdas, que son individuales. Los suelos están embaldosados; las paredes del salón y del pasillo, pintadas de rosa, y las de las celdas, de verde, y necesitan desde hace años una buena mano de pintura. Gruesas puertas metálicas, de esas que tan sólo pueden abrirse desde fuera, aíslan todas y cada una de las dependencias de la sección.

Las celdas son iguales a los *chaboles* de la prisión de Carabanchel. Tienen hierros en las ventanas y camas metálicas, cuyos colchones, de goma espuma, están sensiblemente hundidos por la mitad. En cada celda hay un lavabo, una taza de retrete y un radiador de calefacción central. Los ceniceros son latas de conserva usadas. La mayoría de los cuartos están decorados con fotos de mujeres desnudas, y en una de ellas hay un *graffiti* que dice: "Más vida". La literatura de los reclusos está basada casi exclusivamente en revistas *porno* y del corazón, y tebeos baratos. Sólo se encuentran dos libros: *Gestapo*, de Sven Hassel, y *El vagabundo de las estrellas*, de Jack London.

Hay algo que uniforma a los nueve reclusos de la sección de toxicómanos, todos menores de 30 años y todos con antecedentes por robos y atracos, y ese algo son los

callos y tatuajes que lucen en los brazos. Los callos son recuerdos de cientos de pinchazos intravenosos. Los tatuajes van desde personajes bíblicos hasta dragones orientales, pasando por retratos de chicas y promesas de amor eterno.

—El tatuaje me lo hice a los 13 años, cuando era un inconsciente. Ahora se ha convertido en un *cante* permanente, se lamenta un recluso.

La queja por el aislamiento es unánime. Los toxicómanos tienen estrictamente prohibido relacionarse con los otros internos del psiquiátrico, porque, según afirma la dirección, "siguen obsesionados buscando droga e intentan usar a los enfermos mentales como recauderos". Así que sólo pueden conversar con los celadores, de los que también pueden escucharse protestas. "Nos hacen limpiar cada dos por tres. Aquí, si no estás sentado, sin hacer nada, es que estás limpiando", dice, en un aparte, otro de los reclusos. Tiempo atrás los toxicómanos se entretenían; y hasta ganaban unos duros, haciendo bolsos con papel usado; pero ahora esa actividad ha sido suspendida en cumplimiento de disposiciones del Ministerio de Sanidad y Consumo.

Una jornada cualquiera en la sección de toxicómanos comienza a las ocho de la mañana. A esa hora hay que levantarse y arreglar la celda. Luego toca desayunar café con leche y un bollo de pan, y estar listo para el primer recuento, el de las 9.30 horas. Tras cada colación habrá nueva comprobación de que están todos. A partir de las diez de la mañana y hasta la una de la tarde, el interno dispone de todo su tiempo libre... para hacer

nada. Están prohibidos las partidas de naipes, el alcohol y el café, pero no el tabaco.

En siestas y nuevas limpiezas transcurren las primeras horas de la tarde, y ante el televisor, las últimas. Cuando en la *tele* suena el himno nacional se decreta el silencio en el centro y viene lo más duro: pasar la noche en el *chabolo*, solo, con la única compañía del *mono* y del *loro*.

Dobles rejas

El Hospital Psiquiátrico Penitenciario —hoy por hoy la única alternativa que el Estado español ofrece al recluso toxicómano, junto con un centro similar, aunque más nuevo, en Alicante— está en la avenida de los Poblados, al lado de la prisión de Carabanchel. Por la puerta central entran y salen constantemente hombres esposados, que no despegan su mirada del suelo. Al fondo del vestíbulo, la estatua de una Virgen preside el rastrillo que da acceso a la zona de internamiento.

—¿Viene a hacer un reportaje sobre los *tóxicos*?, pregunta un preso homicida vestido de bata blanca que hace de conserje.

—Sí.

—No me hable a mí de drogas, que yo las he padecido. La culpa de que esté aquí la tiene mi mujer, que es drogadicta.

Una vez que el recluso conserje cree haber aclarado su situación al recién llegado, le ordena:

—Entre allí y cambie el cartel. El director médico irá en seguida.

Subiendo unas escaleras, a la izquierda del vestíbulo, está la salita de espera, en cuya puerta hay un cartón pendiente de una cuerda, donde en cada lado alguien ha es-

GARCÍA FRANCÉS

Dos caras de la heroína

crito con bolígrafo *Libre y Ocupado*. La salita está amueblada y decorada con un tresillo de *esky* de color vino tinto, una maceta con geranios, el calendario de una marisquería y dos medicos bodegones. Se escucha cada dos por tres ruido de cerrojos y huele a desinfectante. Las ventanas están enrejadas.

Entra Miguel Ángel Rodríguez Fernández, jefe de los servicios clínicos del centro, y explica que esta sala es usada también para las comunicaciones íntimas o *bis a bis*, permitidas para todos los internos, incluidos toxicómanos. Los funcionarios descubren drogas en la mayoría de los registros previos a las visitas a *yonquis*, y por ese motivo no está autorizado que reciban paquetes.

—Mire: éste es un centro con dobles rejas, las de un manicomio y las de una cárcel, explica Rodríguez Fernández, un conchense cordial, grueso, con un corto bigotito que le da aire antiguo.

El edificio del psiquiátrico penitenciario es de 1952 y en la actualidad hay internados allí unos 240 hombres. La mayoría son personas que han delinquido en manifiesta situación de enfermedad mental y a las que el juez no ha considerado responsables de sus actos. Permanecen encerrados allí "hasta su curación total". El vasco Sabino lleva 25 años en el manicomio de Carabanchel porque violó y mató a un niño en su aldea. Otro interno convencido de que, marcando en cualquier teléfono el 091 y luego un 3, él habla con Dios.

La semana crítica

Desde hace unos cinco años, los delincuentes que presentan en las dependencias policiales o judiciales síntomas de atravesar el síndrome de abstinencia de la heroína son remitidos a ese centro. Al director del psiquiátrico le dijeron entonces que la medida era provisional, pero los años han pasado y se ha convertido en crónica. En ocasiones hay hasta unos 20 *yonquis* con el *mono* en la sección de toxicómanos. Ni a la dirección administrativa del centro ni a la médica les gusta un pelo esta situación.

La duración de un *mono* es de unos siete días. En el Psiquiátrico Penitenciario el tratamiento que se aplica al *yonqui* en esa semana crítica consiste en una desintoxicación por el procedimiento de privarle absolutamente de la droga. El interno recibe algunos analgésicos contra el dolor, algunos ansiolíticos para enfrentar la angustia y algunos inductores del sueño para combatir el insomnio. Todos los fármacos se consumen por vía oral. La terapia del psiquiátrico, el *choque* de la privación, está acabada a las dos o tres semanas.

—¿Usted cree que de aquí puede salir alguien *desenganchado* para siempre?

—Desahabitados psíquicamente no salen, no. En un medio cerrado es imposible practicar una terapia para la vida en libertad. Aquí sólo los desintoxicamos físicamente, responde el director de los servicios clínicos.

Y añade el psiquiatra:

—Muchas madres no quieren que sus hijos se vayan de aquí. Es el único lugar de España donde no pueden conseguir ni un miligramo de droga.

Bueno, no tienen *caballo*, pero sí *loro*. Y eso, bien lo sabe Guillermo, ayuda mucho en las noches en que uno no puede hacer otra cosa que subirse por las paredes de la celda.



Uno de los jóvenes residentes en la granja evangélica de San Blas, con el pequeño rebaño de cabras, en la entrada del establecimiento.

Una granja autosuficiente para derrotar la droga "con amor y comprensión"

Grupos cristianos tratan de vencer la marginación en comunidad

ANDRÉS MANZANO, Madrid La heroína sólo puede vencerse por el amor y la comprensión. Esta frase sintetiza el método terapéutico que se sigue en el Centro de Rehabilitación de Marginados creado por un grupo de miembros de la Iglesia Evangélica en el barrio de San Blas, donde han transformado dos viejas casas semidecayentes, rodeadas de estercoleros, en una pacífica comunidad granjera en la que los *yonquis* sustituyen el vacío dejado por el *caballo* mediante la palabra de Jesús.

La granja está situada a la linde de un gran descampado suburbial lleno de escombros, en un altozano conocido como el *cerro de la Vaca*, de vertientes ennegrecidas por la quema de rastrojos y con abundancia de cascotes de chabolas derruidas que han sido aprovechados por los evangélicos para la reconstrucción de sus edificios. A mediodía, las 40 personas que hay en la granja están todas ocupadas en sus trabajos. Un muchacho barcelonés deambula por las inmediaciones en compañía del pequeño rebaño de cabras de la comunidad. Otros dos esparcen estiércol en una parte de la huerta. Montse, una chica regordeta, sana, morena, prepara la comida. Montse ejerció la prostitución durante dos años en Barcelona para cubrir sus necesidades de heroína, ayudada por algún que otro pequeño robo.

No existen rostros crispados en la granja. Al contrario, sorprende un poco la unanimidad de caras de sonrisa fácil, bien alimentadas, atentas a la llamada de cualquier miembro que requiera ayuda. Rafa, un vallecano de aspecto añado, 20 años, va de un lado a otro cubriendo huecos. Introvertido, Rafa da su opinión sobre el centro con pocas palabras: "Demastiao. Aquí estamos demastiao", dice.

El espíritu austero se refleja en todos los aspectos de la vida de la comunidad. Los hierbajos que se han salvado de la quema están almacenados para pasto de invierno. En dos grandes bidones calentados por una hoguera se cuecen

las sobras de la comida, mezcladas con salvado, que alimentarán a 60 gallinas y una veintena de pavos. Los excrementos de éstos, más los de los conejos y la docena de cabras, serán un excelente abono para la huerta. Algunos mayoristas de Mercamadrid les surten gratuitamente de verduras y frutas de desecho. El pan se lo hacen en un horno construido por ellos mismos. Ya que no hay dinero (la comunidad no recibe ninguna subvención oficial), se ahorra todo lo posible.

El trabajo es constante durante casi todo el día. Hay que limpiar las casas, realizar obras de mejora, cuidar a los casi 15 niños que viven en la comunidad, hacer la comida para 40 personas, atender a los toxicómanos que aún necesitan un trato especial. Por las tardes hay más tiempo libre. Los miércoles, viernes y domingos se comenta la Biblia.

Vidas vacías

Manuel Fernández y su esposa, Milagros Rodríguez, ambos de 32 años, con tres hijos, fundaron la comunidad hace cuatro años. Poco después llegaron Pedro Tarquis, médico del hospital Clínico, y su esposa, Asunción Quintana. "Nuestro método terapéutico, si es que se le puede denominar así", afirma Tarquis, "se funda en sanar las relaciones humanas a través de una experiencia personal con Dios, en llegar al corazón de los jóvenes que vienen aquí, en redescubrirles unos valores a los que puedan agarrarse para vivir de forma serena, valores que han ido perdiendo por heridas producidas en familias desunidas y aburridas. Por esas heridas entró el *caballo*".

Para Tarquis, la relación con los *yonquis* supera la que debe establecerse entre paciente y médico: "No somos unos enfermos. Somos personas que conocemos lo vacío que puede estar la vida si no tienes confianza y amor en algo superior. La caída en la droga es sólo una de las consecuencias de esas vidas

vacías. Sólo hemos podido ayudar a otras personas a alcanzar una cierta estabilidad después de que nosotros mismos la hemos conseguido. Nuestro método se basa en la disciplina bien entendida, el amor y la comprensión. El mensaje evangélico sólo es efectivo cuando vives de acuerdo con lo que hablas".

Los jóvenes que acuden al centro lo hacen voluntariamente. Pueden marcharse cuando así lo decidan y pueden volver cuando lo deseen. No se paga nada. La convivencia trata de asemejarse en todo lo posible a una familia ideal, donde cada miembro del grupo encuentra apoyo en los demás. A los centros de rehabilitación regidos por comunidades evangélicas se les ha reprochado en ocasiones su *misticismo*, el sustituir una relación alienante con la droga por otra con la religión. Otros sostienen que, aunque así fuera, es mejor acabar místico que muerto en un retrete por sobredosis.

"Aquí no se engaña a nadie", rechaza Manuel Fernández. "Somos una comunidad cristiana, como dice el cartel de la entrada, y a los que vienen les decimos desde el principio que nuestra vida se basa en las enseñanzas de Jesús. El amor, contra la violencia y el egoísmo; la serenidad, contra los sentimientos de culpabilidad".

Fernández se rebela contra la idea de sustituir una droga por otra. "Nosotros no inyectamos religión", asegura, "mostramos nuestra forma de vida. Muchos pasan unos días y se van. Otros se quedan, descubren sentimientos que habían desechado y se curan. Cuando cambias tu visión de la vida, la heroína y otros productos utilizados como evasión se hacen innecesarios".

La conversación se impregna de términos bíblicos. La atención a los toxicómanos, y a los marginados en general, es asumida como una especie de apostolado del siglo XX. "El servicio, el darse a los demás", resume uno de los voluntarios, "como máxima expresión del mensaje evangélico".

El propietario de un restaurante hiere de muerte a un ladrón desarmado de 19 años

Madrid

El propietario del restaurante Rivera, de Madrid, efectuó el sábado de madrugada cinco disparos que produjeron heridas mortales a Jesús Montilla, un muchacho de 19 de años de edad que había penetrado en el establecimiento, sin armas de ningún tipo, con la intención de robar, según informó la Jefatura Superior de Policía de Madrid. El restaurante Rivera se encuentra en el número 31 de la calle de Agustín de Foxá, en el distrito de Chamartín. El joven, que murió pocas horas después, era madrileño y soltero, y tenía antecedentes policiales por 13 detenciones por robos y un atraco.

El homicida, natural de Ciudad Real, de 41 años de edad, disparó sobre su víctima, a una hora no determinada de la madrugada del sábado, con un revólver Smith & Wesson, de calibre 38,2 milímetros, para cuyo uso dispone de licencia y guía reglamentaria. La policía no facilitó su identidad y sólo consignó en la nota oficial las iniciales F. G. R., que coinciden con el nombre del propietario del restaurante, Felipe García Rivera, que ayer permanecía detenido en las dependencias judiciales de la plaza de Castilla, junto a su hermano Virgilio.

Jesús Montilla resultó materialmente acribillado, según el parte emitido por los médicos de guardia en la residencia sanitaria de la Seguridad Social La Paz, donde ingresó aún con vida a las 5.40 horas aunque falleció minutos después de las nueve.

Los facultativos diagnosticaron "herida por bala localizada en antebrazo derecho, brazo del mismo lado y alojada en el vértice del hemitórax derecho; herida en sedal en fosa lumbar izquierda y otra, en tórax izquierdo con entrada anterior por sexto espacio intercostal y salida por el posterior. Hemotórax, choque hipoglucémico; toracotomía izquierda".

"Además de extraer un arma"

Para penetrar en el restaurante, Montilla forzó con un gato mecánico, al parecer, la reja de una de las ventanas. Un guarda que se dedicaba a la limpieza del edificio Moll, donde se encuentra el establecimiento, escuchó ruidos y avisó al propietario, que reside cerca del lugar y se presentó con un revólver. A través de la ventana violentada conminó al joven a que saliera y luego efectuó un disparo para intimidarle.

Como el hombre no salía, el propietario se introdujo en el local. Montilla, según la nota oficial, que no atribuye esta versión de los hechos al homicida, única persona que pudo presenciarlos, "echó mano al bolsillo derecho del pantalón en además de extraer un arma", instante en que el propietario del restaurante efectuó cinco disparos. El joven ladrón fue alcanzado, al menos, por tres proyectiles.

El cuerpo del herido quedó sobre un charco de sangre en un trastero del restaurante, hasta que fue trasladado por un vehículo de la policía a la residencia sanitaria. Tenía en su poder, según la relación policial, un gato mecánico, un destornillador, un juego de llaves, un encendedor, y un total de 9.100 pesetas (5.700 en monedas de 25 y 100 y 3.400 en billetes). Montilla había sido detenido por la policía por última vez hace 20 días.